

## ORIENTE Y GRECIA EN GUERRA. INTRODUCCIÓN AL ANÁLISIS DE LA GUERRA ENTRE GRIEGOS Y ORIENTALES ANTES DE LAS GUERRAS MÉDICAS

Adolfo J. Domínguez Monedero  
Universidad Autónoma de Madrid

### 1. INTRODUCCIÓN

En esta comunicación no pretendo realizar una discusión general y global de lo que ha supuesto el fenómeno de la guerra entre el mundo oriental y el mundo griego, sino que me centraré en algunos de los acontecimientos que, situados en época plenamente histórica, nos pueden permitir entender cómo y, quizá, por qué se produjeron guerras entre el mundo oriental y Grecia. Me sitúo así, en una perspectiva que, aun con defectos, ya plasmó el viejo Heródoto al inicio de su gran obra de encuesta y análisis histórico, transmitida con el nombre de “Historias”, cuando da un rápido repaso a los agravios mutuos que Oriente y Grecia se habían infligido a lo largo de los siglos, siquiera sólo para descartarlos como causas auténticas del gran enfrentamiento que, con el nombre de “Guerras Médicas” son el objeto principal de su estudio y uno de los primeros grandes conflictos entre ambos mundos.

En el relato de Heródoto, insisto que básicamente para descartarlos, incluye el de Halicarnaso episodios como el rapto de la princesa argiva Ío por los fenicios, el rapto de la princesa fenicia Europa por los griegos, el rapto de la princesa colca Medea por los griegos, el rapto de la reina espartana Helena por el príncipe troyano Paris-Alejandro (Hdt., I, 1-3). Naturalmente, de algo sí nos sirve el rápido repaso que hace Heródoto de la lista de agravios entre los orientales y los griegos, y esto es el mostrarnos que en la visión etnocéntrica griega todo Oriente actúa y se comporta como una especie de unidad funcional, cuya contrapartida es el mundo griego. Así, Oriente y Grecia funcionan como dos partes de un mismo todo e, incluso, podría decirse más, como las dos únicas partes de interés. Esto lo muestra el propio Heródoto, cuando tras hacer algunas consideraciones sobre lo que significó la Guerra de Troya, enlaza inmediatamente con el tema de su relato principal e introduce a los Persas como los herederos y sucesores de esos viejos conflictos míticos:

*“A raíz de entonces, siempre han creído [los Persas] que el pueblo griego era su enemigo; pues los persas reivindicaban como algo propio Asia y los pueblos bárbaros que la habitan, y consideran que Europa y el mundo griego es algo aparte”* (Hdt., I, 4, 4).

Así pues, el hecho de la Guerra de Troya habría sido la causa última de la gran guerra que, con el nombre de Guerras Médicas supusieron el primer enfrentamiento, en el continente europeo, de griegos y persas (Hdt., I, 5, 1). Naturalmente, Heródoto asume, vuelvo a insistir, una óptica en cierto modo simplista e, incluso, “presentista”, puesto que para él el Oriente es, en cierto modo, equiparado al Imperio Persa en parte porque es éste quien ha unificado políticamente el antiguo espacio geográfico del Próximo Oriente y, en parte, porque necesita establecer a un antagonista unificado a los griegos que, al menos, durante las Guerras Médicas, actuaron formalmente como una unidad.

Es esta orientación la que hace también a Heródoto emplear una táctica historiográfica consistente en ir analizando parcialmente los distintos poderes políticos existentes en Oriente, especialmente en sus eventuales enfrentamientos con los griegos, a fin de mostrar cómo cuando ellos acaban siendo integrados en el Imperio Persa, éste hereda, en cierto modo, la enemistad y hostilidad hacia los griegos. Esta postura, ciertamente simplificadora, a pesar de que Heródoto conozca y dé detalles precisos acerca de cada uno de los pueblos sobre los que trata, tiene como objetivo, en absoluto oculto, presentar a los persas como los herederos naturales de esa enemistad y, en cierto modo, como los continuadores últimos de una tendencia de enfrentamiento que, en la visión del “griego de la calle” remontaba prácticamente hasta los más antiguos momentos de los que los griegos tenían noticia.

No es mi intención, sin embargo, seguir por este camino que, indudablemente, nos llevaría también muy lejos en el análisis y consideración de las ideas que los griegos mantuvieron sobre su propia identidad como pueblo y la de los “otros”, los “bárbaros”, en este caso como oponentes e, incluso, como grandes contribuidores a la construcción de esa identidad griega. Mi objeto aquí es algo más modesto y se circunscribe al estudio de cómo, y en qué condiciones se produjeron algunos de los principales enfrentamientos entre griegos y orientales antes de las Guerras Médicas, que inauguran una nueva dinámica en las relaciones entre Grecia y Oriente puesto que, posiblemente, implican la primera gran derrota decisiva del mundo oriental frente al europeo ya en la propia Europa.

## **2. LA PAULATINA INTRODUCCIÓN DE LOS GRIEGOS EN LA DINÁMICA BÉLICA DEL PRÓXIMO ORIENTE. LAS GUERRAS CON LIDIA Y EL FENÓMENO DEL MERCENARIADO GRIEGO**

Si prescindimos, como hace el propio Heródoto, del análisis de la Guerra de Troya, posiblemente los primeros enfrentamientos griegos con pueblos del Próximo Oriente hayamos de situarlos en el ámbito de la Península de Anatolia, en la que los griegos están establecidos desde, al menos, los inicios del primer milenio a.C. y en donde, sin lugar a dudas, los enfrentamientos bélicos, si no generalizados, pudieron ser frecuentes. El hecho, no obstante, de que estos posibles enfrentamientos no hayan dejado demasiadas huellas en la tradición histórica sugiere que los mismos pudieron ser de baja intensidad o que no tuvieron consecuencias de importancia. Sobre la cuestión de las incursiones cimerias durante el siglo VII a.C. no insistiré, puesto que parece demostrada la relación existente entre este ámbito y el escítico del Ponto así como el carácter temporal de sus incursiones sobre territorios griegos, como por otro lado el propio Heródoto se encarga de subrayar (Hdt. I, 6, 3).

Es también posible que en otros ámbitos del Próximo Oriente, donde los griegos habían manifestado sus intereses económicos al menos desde el siglo IX a.C., pueda haber restos de hostilidades; es lo que se desprendería de algunos documentos asirios que sitúan acciones de piratería, protagonizadas por griegos, contra la costa sidonia hacia el 738 a.C., durante el reinado de Tiglat-Pileser III; igualmente, durante los reinados de Sargon II y Asharaddon hay algunos testimonios de conflictos con griegos, bien en la isla de Chipre, bien en Cilicia<sup>1</sup>, aunque estos griegos suelen aparecer, salvo en el caso de Chipre, donde de algún modo defenderían su independencia, al servicio de

---

<sup>1</sup> Un panorama general en T.F.R.G. Braun, “The Greeks in the Near East”. *C.A.H.* 2ª ed. Vol. III, 3. Cambridge, 1982, p. 14-21.

los intereses de otros estados enfrentados con Asiria. El hecho de que el relato de estos conflictos aparezca recogidos casi únicamente en las fuentes asirias puede sugerir que ni por su entidad ni por sus consecuencias fueron considerados dignos de mención por los autores griegos. Seguramente no implicaban un riesgo demasiado grande para las ciudades, cualesquiera que fuesen ellas, de las que pudieran proceder los griegos implicados en tales luchas. Además, el hecho de que estos griegos, estos jonios, como son mencionados en las crónicas asirias (<sup>KUR</sup>Ia-u-na-a-a) sean fundamentalmente mercenarios implica que son ellos, a título personal, quienes se ven implicados en tales guerras, no las ciudades de las que proceden<sup>2</sup>.

Algo diferente empieza a ocurrir cuando en la Península de Anatolia, y a espaldas justamente de los territorios de las ciudades griegas allí establecidas, se produce la aparición de la dinastía de los Mérmnadas de Lidia; en efecto, a partir de un momento indeterminado de la primera mitad del siglo VII (685? a.C.) constituyen un fuerte estado que ocupaba el alto valle del Hermo y las áreas limítrofes aunque con el tiempo llegaría a ocupar buena parte de la Anatolia occidental, al oeste del Halys. Formado por pueblos cuya lengua parece hallarse emparentada con las lenguas anatólicas de raíz hitita-luvita, el creador del nuevo estado, Giges, llevó a cabo una política en la que se mezclaba la agresión hacia las ciudades griegas costeras con estrechas relaciones con los griegos del continente, materializadas en las fabulosas ofrendas que este rey realizó en el santuario de Apolo en Delfos. Aparte de las acciones contra las ciudades griegas, a las que me referiré acto seguido, Giges es también conocido por haber iniciado contactos con los asirios, básicamente para garantizarse un apoyo frente a los Cimerios que, por aquellos años, seguían siendo una amenaza importante para la estabilidad en la Península de Anatolia. Según atestiguan los documentos del reinado de Asurbanipal, a cuya corte en Nínive debieron de llegar los primeros emisarios lidios entre 668 y 665 a.C., los territorios sobre los que reinaba Giges, así como la propia lengua lidia, eran absolutamente desconocidos. En todo caso, sí que parece posible que fuese a través del propio Giges como los primeros mercenarios carios y jonios llegaron a Egipto (Hdt., II, 152), a sumarse al ejército que Psamético I estaba enrolando para hacer frente al dominio asirio sobre su país, empresa en la que tuvo éxito hacia el 655 a.C.; esta intervención de Giges a favor del egipcio sugiere, por otro lado, un cambio de alianzas que la propia documentación asiria de la época de Asurbanipal parece igualmente sugerir.

Con respecto a los griegos del Este, la política de Giges es marcadamente agresiva, aun cuando Heródoto despacha con suma rapidez los ataques del lidio contra Mileto y Esmirna, así como la toma de Colofón (Hdt., I, 14) o, al menos, de la parte baja de la ciudad (Str., VI, 1, 14). Quizá también Magnesia haya sufrido ataques en este momento (Nic. Damasc. *FGrH* 90 F 62), y tal vez a sus desgracias en este momento alude Arquíloco en uno de sus poemas (Frag. 20 W), aun cuando Estrabón indica que habría sido su caída en manos cimerias lo que habría movido el poema de Arquíloco (Str. XIV, 1, 40). Según asegura Pausanias, aunque muchos siglos después de los acontecimientos, la ciudad de Esmirna habría llegado a ser tomada por los lidios, aunque los esmirneos habrían acabado por expulsarlos (Paus., IV, 21, 5), y estas guerras habrían sido cantadas por el poeta Mimnermo de Colofón (Paus., IX, 29, 4).

<sup>2</sup> Vid. un panorama reciente, en el que se incluye la posibilidad de que el centro de Al Mina pudiese haber sido, en sus fase inicial durante la segunda mitad del siglo VIII un establecimiento de mercenarios, R.A. Kearsley, "Greeks Overseas in the 8th century B.C.: Euboeans, Al Mina and Assyrian Imperialism". G.R. Tsatskheladze (ed.) *Ancient Greeks West and East*. Leiden, 1999, p. 118-122.

Precisamente en uno de los pasajes conservados de este autor encontramos una de las primeras referencias a las guerras entre griegos y lidios. Naturalmente, el pasaje está repleto de resonancias homéricas y parece insertarse en una obra más amplia, la Esmirneida, que pretendía narrar, en clave heroica, los orígenes y el desarrollo de la ciudad de Esmirna, ocupada por los colofonios y considerada desde entonces fundación suya. El pasaje se refiere al valeroso combate de un esmirneo contra los atacantes lidios y dice así:

*“No hablaron así de su valor y su noble ardor los más viejos que yo, que le vieron sembrando el desorden en los apretados escuadrones de la caballería lidia en la llanura del Hermo, empuñando la lanza de fresno; jamás Palas Atenea tuvo un reproche para el heroísmo de su corazón cuando en la batalla sangrienta se lanzaba adelante en la vanguardia, desafiando los agudos dardos del enemigo. Pues ninguno de los contrarios era mejor para cumplir la obra de la batalla cuando aún vivía bajo los rayos del rápido sol”* (Frag. 14 W).

A pesar de los rasgos heroizantes que asume el combate narrado por Mimnermo, queda claro un hecho: el uso que los lidios hacen de la caballería; frente a esta caballería, los de Esmirna ejecutarían un combate a pie, seguramente basado ya en algún tipo de formación hoplítica, aunque quizá sin desdeñar todavía la acción del combatiente individual que, como el héroe cantado en el relato, actúa por delante de las líneas, o al frente de ellas, como *promachos*. Sobre la caballería lidia nos informa Heródoto en varias ocasiones; una de las más claras se refiere, precisamente, a su último gran combate contra los persas, cuando fue severamente derrotada ante la propia capital, Sardes:

*“En aquella época no había en Asia ningún pueblo más aguerrido y valeroso que el lidio; combatían a caballo, provistos de largas picas, y eran, asimismo, excelentes jinetes”* (Hdt., I, 79, 3).

No obstante, también la caballería era un arma importante, al menos en algunas de las ciudades de Jonia ya en la época de sus primeros enfrentamientos contra los lidios; es lo que se desprende, por ejemplo, del caso colofonio, cuya caballería siempre jugaba un papel decisivo en aquellas campañas en las que participaba (Str., XIV, 1, 28), y posiblemente lo hizo también cuando Giges atacó la ciudad; seguramente a este peso de la caballería no fuese ajena la riqueza de buena parte de sus ciudadanos, que como asegura Aristóteles poseían grandes haciendas en la época anterior a las guerras contra los lidios (Arist., *Pol.*, 1290b 15-17).

El impacto que el nuevo estado lidio ejerce sobre los griegos queda pronto reflejado en sus contemporáneos; es el caso por ejemplo de Arquíloco, que en un pasaje célebre parece aunar tanto la riqueza de la que hacía gala el rey Giges cuanto el (nuevo) tipo de poder que este dinasta representa, y que implica el primer testimonio en lengua griega de la palabra que lo representa, tiranía; el pasaje dice así:

*“No me importan la riquezas de Giges, rico en oro,  
ni me ha dominado la ambición ni envidia  
las acciones de los dioses y no codicio la soberbia tiranía:  
lejos está de mis ojos”* (Frag. 19 W).



A partir, pues, de mediados del siglo VII, y durante más o menos los próximos cien años, Lidia va a ser uno de los principales referentes de los griegos del Este desde el punto de vista del enfrentamiento bélico, por más que no siempre las relaciones entre ambos pueblos asumiesen esta forma y por más que la hostilidad de los lidios no estuviese dirigida, necesariamente, contra todos los griegos, sino sobre todo contra aquéllos que no se sometían a su autoridad.

El sucesor de Giges, su hijo Ardis (645?-615? a.C.) habría proseguido, al decir de Heródoto, esta política de enfrentamiento con algunas ciudades griegas, entre ellas Priene, que fue capturada por él, y Mileto (Hdt. I, 15, 1). Su sucesor, Sadiates (615-610) y el sucesor de éste, Aliates (610-560) prosiguieron la guerra contra Mileto, aunque sin descuidar otras ciudades griegas. Así Aliates tomó Esmirna y atacó a Clazómenas aunque al parecer infructuosamente (Hdt., I, 16). Fue, sin embargo, en la guerra contra Mileto donde los lidios llevan a cabo una política claramente de desgaste, iniciada por Sadiates y proseguida, durante los primeros cinco o seis años de reinado por Aliates, y que conoció vicisitudes alternas. Heródoto, nuestro principal informador, nos muestra la táctica empleada por los lidios:

*“Cuando en la campiña la cosecha se hallaba en sazón, entonces era cuando lanzaba su ejército, que marchaba al son de siringas, arpas y flautas de tono agudo y grave. Cuando llegaba a territorio milesio no derribaba ni incendiaba las casas de labranza, ni arrancaba sus puertas, sino que las dejaba intactas en su sitio; y, en cuanto había destruido los árboles y la cosecha de los campos, emprendía el regreso; pues los milesios eran dueños del mar, de modo que no estaba al alcance del ejército establecer un asedio. El lidio no derribaba las casas de campo para conseguir que los milesios tuviesen un lugar de cobijo desde donde poder ir a sembrar y trabajar la tierra y, gracias a su trabajo, tuviera él también algo que saquear en sus incursiones. Con esta táctica, la guerra duró once años, en el transcurso de los cuales se produjeron dos importantes derrotas de los milesios, una en la batalla librada en Limeneo, en su propio territorio, y otra en la llanura del Meandro” (Hdt., I, 17-18).*

Del relato de Heródoto se desprenden importantes informaciones; la primera de ellas se refiere a la superioridad naval de Mileto que imposibilitaba cualquier intento de los lidios, desconocedores de la navegación, por establecer un asedio en toda regla sobre la ciudad, en un momento en el que los conocimientos poliorcéticos de los lidios no debían de ser especialmente notables, aunque esto parece cambiar rápidamente. Por otro lado, la táctica lidia puede considerarse, claramente, de desgaste, quizá tendente, como la que casi un siglo después llevaría a cabo el rey espartano Arquidamo en su lucha contra Atenas, a forzar un enfrentamiento en campo abierto que resolviese, de una vez y para siempre el conflicto. Que posiblemente algún movimiento en este sentido pudo haber existido vendría dado por la referencia, también en Heródoto, a dos batallas saldadas con sendas derrotas milesias, una celebrada en el propio territorio milesio<sup>3</sup>, y la otra seguramente fuera del mismo, pero posiblemente en la principal ruta de acceso lidia hacia la ciudad, el valle del río Meandro. La falta de detalles nos impide conocer el desarrollo de ambos enfrentamientos, pero parece clara la inferioridad milesia frente a los lidios, posiblemente a cuenta del masivo empleo por parte de éstos de la caballería, como ya hemos visto anteriormente.

<sup>3</sup> Sobre el territorio milesio, *vid.* I. Pimouguet, “Défense et territoire. L'exemple milésien”. *DHA*, 21, 1995, p. 89-109.

Otro detalle que nos transmite Heródoto (I, 18, 3) y que no sólo será una constante del comportamiento jonio sino que, incluso, será una causa determinante de su ruina, es que ninguna otra ciudad jonia ayudó a los milesios en su lucha contra los lidios, con excepción de los quiotas, que devolvían así una antigua deuda de gratitud con los milesios. Al ser Quíos una *polis* insular posiblemente poco tuviese que temer de los lidios; por otro lado, y como se hallaba a bastante distancia de Mileto, posiblemente la ayuda quiota implicase el abastecimiento de alimentos para paliar las escaseces que once años continuos de depredaciones podían ocasionar a los milesios (Hdt., I, 22, 3). Que las acciones lidias se solían mantener siempre dentro del respeto a los edificios y estructuras sagradas que se encontraban parece claro a partir del episodio que narra Heródoto en el que iba a ser el último año de la guerra entre Mileto y Lidia; en ese año los lidios habrían incendiado accidentalmente un templo de Atenea en la localidad de Aseso, en el territorio milesio, lo que habría provocado, además de la enfermedad del rey Aliates un notable enfado en Grecia, con la que, a través del santuario de Delfos los lidios mantenían estrechísimas relaciones. La penitencia impuesta al lidio, la reconstrucción del templo, servirá a la postre para que, durante la tregua pactada, se llegase a un acuerdo de paz definitivo (Hdt., I, 19-22).

El final de la guerra con Mileto sugiere que, bien por necesidades más urgentes en otro de los flancos de su territorio (conflictos con Cixares, rey de los medos: Hdt., I, 16, 2), bien por el reconocimiento explícito de la imposibilidad de batir a la poderosa ciudad jonia, el rey lidio prefirió un acuerdo con Mileto. Sin embargo, la amistad (*xenia*) y alianza (*symmachia*) que establecieron ambos estados no implicaba, ni mucho menos, el cese de las hostilidades entre los griegos y los lidios, sino posiblemente todo lo contrario. Como veíamos anteriormente, Heródoto atribuye también a Aliates guerras contra Esmirna y Clazómenas, y si bien esta última no parece haberse saldado con éxito para el lidio, la primera de ellas sí.

En efecto, la toma de Esmirna, que hoy se identifica sin duda con la localidad conocida como la Vieja Esmirna (*palaia Smyrna*), y situada en Bayrakl, a veinte estadios de la ciudad refundada con posterioridad a su destrucción (Str. XIV, 1, 4). En el caso de la vieja Esmirna, la arqueología ha venido en ayuda de la magra información que proporciona Heródoto, que sólo alude a que Aliates tomó (*eile*) la ciudad. En efecto, las excavaciones que se han realizado en la ciudad han mostrado, por una parte, que Esmirna se hallaba, a fines del siglo VII en un momento de gran esplendor y, por otra, que el ataque lidio convirtió a la ciudad en un campo de ruinas; los hallazgos de armas y de puntas de flechas fueron bastante abundantes durante las excavaciones, algunas de ellas, incluso, embutidas en los muros de adobe de las casas. Sin embargo, el elemento más destacable de la excavación fue el hallazgo, en la esquina noroccidental de la ciudad de un gran montículo, de unos 21 m. de altura, compuesto de tierras entre las que hay entremezclados restos de piedra, adobe y multitud de fragmentos cerámicos del siglo VII a.C., que seguramente proceden de la destrucción de las viviendas que se hallaban extramuros de la ciudad. Este gran montículo fue levantado para poder dominar la muralla de la ciudad (que se elevaba a una altura de unos diez metros) al tiempo que permitía el avance en la construcción del montículo, que llegó a cubrir la fortificación esmirnea, permitiendo la penetración lidia por ese punto (Figura 1). Las puntas de flecha que se han hallado embutidas en esta mole sugieren que los jonios las empleaban en forma de hoja, mientras que los lidios las usaban de forma triangular. Los ésmirneos también habrían reforzado su muralla mientras los atacantes concluían su montículo, pero al final, y como atestigua el estado en el que quedó la ciudad, así como

la noticia de Heródoto, la ciudad cayó en manos lidias<sup>4</sup>. La fecha en que esto tuvo lugar puede situarse hacia el 600 a.C.<sup>5</sup> y es, incluso, posible que el fragmento de Mimnermo que mencionábamos anteriormente, en el que se relataban las luchas de Esmirna contra Giges pueda haber sido compuesto en este momento para animar a sus compatriotas ante esta nueva lucha con el recuerdo de gestas gloriosas contra el bisabuelo de Aliates<sup>6</sup>.

Este tipo de obra de asedio, que se creía utilizada únicamente por asirios y por persas, es posible que fuese una novedad recién aprendida por los lidios y, en todo caso, parece probable que fue la primera vez que los griegos se enfrentaron a este nuevo tipo de guerra<sup>7</sup>. Es posible que frente al fracaso ante Mileto, aunque salvado mediante la firma de una paz honrosa para las dos partes, como veíamos anteriormente, Aliates intentase dar un golpe de efecto de cara a las márgenes occidentales de su territorio, llevando a cabo la complicada labor de asedio y asalto ante Esmirna, concluida con su toma y saqueo. Tras ello, Aliates controlaba el fondo del golfo de Esmirna y, posiblemente deseando obtener un control total del mismo golfo, avanzó hacia Clazómenas, aunque allí sufrió la derrota a que aludía también Heródoto, sin que conozcamos demasiados detalles adicionales sobre este episodio. La referencia que encontramos también en este autor a sus conflictos con Ciaxares, rey de los medos, nos introduce ya en lo que será una constante del resto del reinado de Aliates y de su sucesor y último rey lidio, Creso, cual es la entrada del reino de los lidios en el área de los intereses del otro gran estado que estaba formándose en el Próximo Oriente, el reino medo, pronto sucedido por la dinastía persa Aqueménida. Por ende, y como conclusión de la guerra entre los lidios y los medos, cuyo punto clave fue la batalla librada el 28 de mayo del 585 a.C., y que coincidió con un eclipse de sol que había predicho Tales de Mileto (Hdt., I, 74, 2), uno de los mediadores del tratado de paz que se firmó entre ambos fue el rey de Babilonia, al que Heródoto llama Labineto y que debe de ser, sin duda, Nabucodonosor (Hdt., I, 74, 3-4)<sup>8</sup>.

De los intentos de Aliates por introducir, o fomentar, la discordia en otras ciudades de la Grecia del Este nos dan cuenta algunos pasajes del poeta lesbio Alceo, como aquél que habla de la entrega por parte de los lidios de 2.000 éstateras para favorecer los intentos del poeta-aristócrata sedicioso por hacerse con el control de Mitilene (frag. 69) y parece que tanto Alceo como su hermano Antiménidas y todo su círculo mantuvieron estrechas relaciones con Aliates, que seguramente apoyaba a este grupo de disidentes para debilitar la posición de esta importante isla<sup>9</sup>. Es en este mismo período, y en este mismo ambiente, en el que se atestigua la presencia de ese tal Antiménidas, en Mesopotamia, combatiendo del lado del rey neobabilonio Nabucodonosor, quizá en la campaña que éste dirigió contra los egipcios en Carchemish en el 605 a.C.<sup>10</sup>. Allí habría realizado importantes hazañas que, al menos en un poema encomiástico compuesto por su hermano, habrían salvado incluso a todo el ejército del

<sup>4</sup> J.M. Cook, "The History of Old Smyrna". *ABSA*, 53-54, 1958-59, p. 23-25.

<sup>5</sup> Cook, op. cit. nota 4, p. 25-27; *Id.* "On the date of Alyattes' sack of Smyrna". *ABSA*, 80, 1985, p. 25-28.

<sup>6</sup> Cook, op. cit. nota 4, p. 28.

<sup>7</sup> Ésta es la opinión, al menos, de J. Boardman, *The Greeks Overseas. Their Early Colonies and Trade*. 4ª ed. Londres, 1999, p. 97.

<sup>8</sup> Braun, op. cit. nota 1, p. 23.

<sup>9</sup> W. Barner, "Zu den Alkaios-Fragmenten von P.Oxy. 2506". *Hermes*, 95, 1967, p. 1-28.

<sup>10</sup> D.J. Wiseman, "Babylonia 605-539 B.C." *C.A.H.*, 2ª ed. III, 2. *The Assyrian and Babylonian Empires and other States of the Near East, from the 8th to the 6th cent. B.C.* Cambridge, 1991, p. 229-230.

que el lesbio formaba parte. Ecos de ese poema y de esa hazaña se encuentran también en Estrabón (XIII, 2, 3). El poema de Alceo, aunque fragmentario, dice:

*“Viniste de los confines de la tierra trayéndote remachada con oro la empuñadura de marfil de tu espada ... (realizaste) una gran hazaña y (los) salvaste de fatigas al matar a un guerrero al que le faltaba un solo palmo para alcanzar los cinco codos reales ...”* (Alceo, frag. 350).

A partir de otros fragmentos de Alceo, donde además de Babilonia figura Ascalón (Alceo B 16), quizá sugieran que fue en la toma de Ascalón, en el 604 a.C., donde se produjo la intervención del griego<sup>11</sup>.

Sea como fuere, la presencia de mercenarios y aventureros griegos, tanto en los ejércitos egipcios, donde están bien atestiguados, como en otros ejércitos próximo-orientales, entre ellos el babilonio, nos muestra la paulatina inserción de aquéllos en los mecanismos de la política y de la guerra orientales; se han detectado, incluso, lo que pueden ser campamentos de mercenarios griegos del siglo VII en Israel, en sitios como Meşad Hashavyahu o Tell Kabri<sup>12</sup> e, incluso, el famoso establecimiento griego de Al Mina ha sido interpretado por algún autor, como un campamento de mercenarios griegos ya durante el s. VIII<sup>13</sup>. Al tiempo, el propio aprendizaje que los lidios están realizando de nuevas tácticas, así como el marcado tinte imperialista que su política va asumiendo poco a poco, nos sitúan ya, a inicios del siglo VI, en un escenario cada vez más complejo.

En efecto, el acceso al trono lidio de Creso, hijo de Aliates, en el 560 a.C., introduce una nueva dinámica, como se encarga de aclarar Heródoto en uno de los pasajes iniciales de su obra:

*“El tal Creso fue, que nosotros sepamos, el primer bárbaro que sometió a algunos griegos, obligándoles al pago de tributo, y que se ganó la amistad de otros; sometió a los jonios, eolios y dorios de Asia y se ganó la amistad de los lacedemonios. En cambio, antes del reinado de Creso, todos los griegos eran libres”* (Hdt. I, 6, 2-3)

En efecto, la política que emprendió el nuevo rey lidio, posiblemente continuadora de la que había llevado su padre, contemplaba el crecimiento del estado lidio preferentemente en dirección al Mediterráneo, habida cuenta la amistad que, al menos durante los años que faltaban para su final, existía entre los lidios y los medos, cimentada por el matrimonio entre el rey Astiages y una de las hermanas de Creso (Hdt., I, 74, 4)

Esta política agresiva hacia las ciudades griegas se inicia con un ataque a Éfeso; las relaciones de Aliates con Éfeso habían sido especialmente importantes e, incluso, el rey lidio había casado a una de sus hijas con el tirano efesio Melas (Ael., VH, III, 26); de ese matrimonio surgiría el tirano Píndaro, contra el que Creso, su tío, dirigiría sus

<sup>11</sup> Braun, op. cit. nota 1, p. 22.

<sup>12</sup> J. Naveh, “The Excavations at Meşad Hashavyahu. Preliminary Report”. *IEJ*, 12, 1962, p. 89-113; W.D. Niemeier, “Greek Mercenaries in Phoenicia: New Evidence from Tell Kabri”. *AJA*, 99, 1995, p. 304-305. Vid. también J. De La Genière, “De la céramique pour les mercenaires”. *La Colonisation Grecque en Méditerranée Occidentale*. Roma, 1999, p. 124-125. Sobre el fenómeno de los mercenarios griegos sigue siendo válido el libro clásico de H.W. Parke, *Greek Mercenary Soldiers from the earliest times to the battle of Ipsus*. Oxford, 1933; puede verse, igualmente, M. Bettali, *I mercenari nel mondo Greco*. Pisa, 1995.

<sup>13</sup> Kearsley, op. cit. nota 2, p. 127-130.



primeras acciones. Para evitar la destrucción de su ciudad, el tirano efesio, conocedor sin duda del profundo respeto que los lidios tenían a los dioses griegos y a sus santuarios, unió la ciudad con un cable al santuario de Ártemis, del que estaba separada siete estadios (unos 1.300 m.) (Hdt. I, 26, 2). Sea como fuere, y aunque la ciudad no fue destruida, el dominio de Creso sobre Éfeso resulta indudable, puesto que será el rey lidio el que forzará a los efesios a abandonar su ciudad antigua y a fundar una nueva precisamente en torno al santuario de Ártemis (Str. XIV, 1, 22). El propio Creso contribuirá, más adelante, a la construcción del nuevo templo dedicado a la diosa tutelar de la ciudad, Artemis (Hdt., I, 92)<sup>14</sup>.

El resto de las ciudades jonias y eolias continentales también caerán en manos lidias, como asegura Heródoto (I, 26, 3), siendo sometidas a tributo (*phoros*) que seguramente implicaba la aportación de tropas al ejército lidio. De los intentos de extender su dominio a los jonios de las islas da cuenta también Heródoto, y es su relato, precisamente, el que nos indica las distintas bases del poderío de cada uno de esos rivales. Heródoto nos da la información en una pequeña historieta, según la cual el rey lidio habría iniciado la construcción de una flota para adueñarse de las islas, a lo que algunos sabios, para disuadirle, le habrían hecho creer que los jonios estaban adquiriendo miles de caballos para atacarle. Ante ello, asegura Heródoto,

*“Creso, creyendo que aquél estaba diciendo la verdad, exclamó: ‘¡Ojalá los dioses inspiren a los isleños la idea de atacar a caballo a los hijos de los lidios!’ . Pero su interlocutor, haciéndose eco de sus palabras, repuso: ‘Majestad, me da la impresión de que deseas ansiosamente poder sorprender a los isleños, a caballo, en tierra firme; y es lógico que pienses así; pero ¿qué crees que, en sus súplicas a los dioses, desean los isleños, desde el preciso instante en que han sabido que tú ibas a construir una flota para atacarlos, sino poder sorprender a los lidios en el mar para vengar en tu persona a los griegos establecidos en el continente, a quienes tú tienes esclavizados?’”* (Hdt., I, 27).

Posiblemente debamos dudar de la literalidad del episodio, pero sí que queda claro que los lidios habían conseguido su predominio por su fuerza militar, basada en un uso extraordinario de la caballería, prácticamente sin parangón en las ciudades griegas (con algunas excepciones, como pudo ser en tiempos Colofón); por otro lado, queda claro que las ciudades griegas, especialmente las insulares, poco tenían que temer de Creso y de los lidios, que no se caracterizaban, precisamente, por su conocimiento de las técnicas de navegación. Ya habíamos visto, incluso, cómo el propio padre de Creso, Aliates, había tenido que reconocer su fracaso ante Mileto frente al dominio del mar que la ciudad poseía, si bien el caso de Esmirna pudo mostrar también, claramente, a todos los jonios cómo los inmensos recursos a disposición de los reyes lidios podían acabar por quebrar la resistencia de ciudades menos populosas que la gran Mileto.

Es en este contexto en el que debemos situar la entrada de las ciudades greco-orientales en la órbita lidia, máxime cuando, como ya habíamos observado en el caso milesio, los jonios no mostraron durante prácticamente todo el arcaísmo, ninguna unidad de acción que pudiera servir de contrapeso al creciente poder que los reyes lidios ejercían sobre ellos y que llegó a su culminación con el último de ellos, Creso.

<sup>14</sup> S. Karwiese, *Gross ist die Artemis von Ephesos. Die Geschichte einer der grossen Städte der Antike*. Viena, 1995, p. 34-35.



Aunque desde un punto de vista formal y, sobre todo, desde la óptica de Heródoto, que escribe desde y para la Atenas de Pericles, el sometimiento a tributo por parte de un bárbaro era posiblemente lo peor que podía ocurrirle a una ciudad griega, quizá desde el punto de vista de los jonios del siglo VI el asunto no era tan grave. De hecho, es posible que estas condiciones no fuesen tan gravosas si tenemos en cuenta que los jonios rehusaron abandonar su vinculación con Creso cuando Ciro, en guerra contra el lidio, les ofreció cambiar de alianza (Hdt., I, 76, 3), algo que sólo parecen haber aceptado los milesios (Hdt., I, 141, 4) y que sería motivo suficiente para que los persas, una vez derrotado Creso, volvieran sus armas contra los jonios.

La aparición de Ciro y, con él, de los persas, introducirá una nueva dinámica en la historia del Próximo Oriente; la muerte de Astiages a manos de Ciro supuso, formalmente, la ruptura de la alianza que había existido, desde época de Aliates, entre los lidios y los medos y, posiblemente, junto con el afán de venganza que Heródoto le atribuye a Creso (Hdt., I, 73, 1) hay que hacer intervenir tanto el deseo lidio de aprovechar la presunta debilidad del nuevo soberano para ampliar su territorio al este del Halys, cuanto la nueva dinámica que Ciro introducirá a la política expansionista que los medos habían llevado a cabo.

En la campaña que inició Creso hacia el 547 a.C. y que implicaba, sobre todo, el cruce del río Halys para internarse en el territorio antes sometido a los medos pero ahora a los persas, sin duda había griegos, alguno de ellos relevante, como pudo ser Tales de Mileto, que habría, incluso, facilitado el cruce del río Halys a Creso (Hdt., I, 75, 3-6) con la realización de alguna obra de ingeniería. Es curioso observar aquí cómo, muchos años después, habrá nuevamente ingenieros griegos que ayudarán a los persas a resolver problemas parecidos e, incluso, más complejos. Antes del enfrentamiento con los persas, se produce el episodio, al que aludía anteriormente, en el que los persas intentan debilitar la fuerza lidia, intentando que los jonios de su ejército abandonen el mismo, acción que, como también hemos visto, no tuvo éxito (Hdt., I, 76, 3); posiblemente, entre el numeroso contingente de mercenarios que componían el ejército lidio (Hdt., I, 77, 4), los jonios también desempeñarían un papel importante. El enfrentamiento, que tuvo lugar en la región de Pteria, que algunos autores sugieren identificar con la zona donde se alzó la vieja capital hitita, en Bogazköy<sup>15</sup>, resultó indeciso, pero provocó la retirada de Creso a su capital, Sardes, para reforzar, con ayuda egipcia y babilonia, su coalición antipersa (Hdt., I, 77, 4). La rápida reacción de Ciro, que en lugar de reponer sus fuerzas, se dirigió a Sardes, precipitó los acontecimientos: la caballería lidia fue derrotada a las puertas de Sardes (Hdt. I, 80), la capital fue tomada tras catorce días de asedio (Hdt., I, 84) y Creso fue hecho prisionero (Hdt., I, 86).

### 3. LA APARICIÓN DE UN NUEVO ENEMIGO: PERSIA

A partir de la caída de Sardes y de la conquista persa del territorio lidio, los griegos del Este se encuentran ante una coyuntura que, inmediatamente, se revelará como radicalmente nueva y, como no podía ser de otra manera, profundamente negativa para sus intereses. Tras más de cien años de relaciones con los lidios, no siempre pacíficas, es cierto, las ciudades de la Grecia del Este habían llegado a una *entente* con aquéllos que, aunque había coartado ocasionalmente su libertad, y había llevado aparejadas varias guerras, algunas incluso de aniquilamiento, no les había impedido el

---

<sup>15</sup> M. Mellink, "The native kingdoms of Anatolia". *C.A.H.*, 2ª ed. III, 2. *The Assyrian and Babylonian Empires and other States of the Near East, from the 8th to the 6th cent. B.C.* Cambridge, 1991, p. 652.

crecimiento económico. El período de Creso, que supuso una sujeción aún mayor al estado lidio, posiblemente fuese considerado un mal menor para las ciudades jonias que, aunque obligadas al pago de tributo y a aportar tropas al rey, tampoco parece haberlas afectado de forma demasiado negativa en sus intereses. Bien es cierto, empero, que es quizá ya por esos años cuando puede situarse el inicio de la cada vez más intensa emigración de jonios a otros puntos del Mediterráneo y del Mar Negro<sup>16</sup>, en parte para sustraerse al dominio lidio o para hallar nuevos medios de vida ante la presión económica que se dejaría sentir sobre al menos una parte de los ciudadanos de las ciudades griegas obligadas a esas prestaciones económicas.

El dominio persa, sin embargo, se iba a plantear sobre unas bases radicalmente diferentes, siquiera sea porque, salvo por la excepción de Mileto, el resto de las ciudades continentales se había negado a cambiar su alianza con los lidios, en el momento en el que el pretendiente a sucederle en el dominio de Anatolia, Ciro el Grande, se lo ofreció. Además, parece poco dudoso que, al menos en la batalla de Pteria, si no también ante la propia Sardes, habría habido griegos incluidos en las tropas de Creso, por lo que su actitud no sólo habría consistido en rechazar el acuerdo con Ciro sino que, además, habrían luchado activamente contra el rey. Por consiguiente, y dentro de la más pura dinámica del imperialismo persa, los jonios pasaron a ser considerados enemigos y, como tales, tratados.

Cuando quedó claro que los designios de Ciro hacia las ciudades griegas no eran especialmente favorables, los jonios decidieron solicitar ayuda a Esparta (Hdt. I, 141, 4), posiblemente porque esta ciudad ya había establecido una alianza con Creso (Hdt., I, 69-70; I, 82, 1) en la que tal vez los jonios querían subrogarse. Los espartanos rehusaron ayudar a los jonios, aunque enviaron una legación a Ciro para amenazarle si hacía daño a los griegos, lo que provocó las correspondientes burlas en la corte del Gran Rey (Hdt., I, 152). Durante este episodio se nos informa de que, junto a Ciro, había ya griegos que formaban parte de su corte (Hdt., I, 153, 1).

Ciro abandonó pronto el teatro de operaciones lidio para dedicarse a someter Babilonia, dejando encargado a sus generales, especialmente a Mazares, que conquistaran las ciudades costeras; Priene cayó y todo el valle del Meandro fue sometido a saqueo, incluyendo la ciudad de Magnesia (Hdt., I, 161). Tras su muerte, fue Harpago el que recibió el encargo de completar la conquista y en este cometido siguió la táctica que ya había aplicado Aliates para conquistar Esmirna, y que Heródoto nos indica:

*“Este hombre [Harpago], designado entonces general por Ciro, cuando llegó a Jonia, fue tomando las ciudades mediante terraplenes; en efecto, cuando lograba encerrar al enemigo tras los muros, aplicaba, luego de ello, terraplenes a las fortificaciones y conseguía forzarlas”* (Hdt., I, 162, 3).

La primera ciudad a la que atacó Harpago fue Focea; la defensa de la ciudad estaba asegurada por su imponente muralla, construida pocos años atrás merced a las riquezas que la ciudad había obtenido gracias al comercio con Tarteso (Hdt. I, 163, 4). El episodio de los focéos es bien conocido, puesto que, una vez iniciado el asedio, la población decide partir de la ciudad aunque, tras diversos avatares en los que no nos

<sup>16</sup> Sobre la emigración jonia, vid. M. Gras, “Occidentalia. Le concept d'émigration ionienne”. *ArchClass*, 43, 1991, p. 269-278.

detendremos aquí, sólo cerca de la mitad se marcha, quedando el resto sometido a los persas (Hdt., I, 164-165).

En los últimos años, la arqueología ha completado parcialmente el panorama que nos delinea Heródoto en su relato. En efecto, las excavaciones llevadas a cabo en la ciudad de Focea durante los años 90 han revelado importantes datos acerca de la topografía de Focea e, incluso, del asedio persa. En efecto, se descubrió una muralla de piedra, construida entre 590 y 580 a.C., con una longitud de más de 5 km.; igualmente, se descubrió una de las puertas de la ciudad, concretamente la que se hallaba en la zona sudeste de Focea, en la cual se hallaron restos de incendio, así como puntas de flecha y una interesante piedra de catapulta. Da la impresión de que la puerta, al final, fue incendiada, y que los foceos trataron de obstruirla apilando piedras y tierra así como restos arquitectónicos procedentes de edificios y estructuras situadas intramuros (Figura 2). La aparición de la piedra de catapulta resulta interesante porque se pensaba que la introducción de este arma había sido mucho más tardía, quedando sin embargo confirmada su existencia a mediados del siglo VI y, por lo tanto, la creciente eficiencia de la maquinaria de guerra persa<sup>17</sup>. Si es cierto, como parece, que los persas llegaron a destruir, con fuego y con sus armas de guerra, esa puerta de la ciudad, ése habría sido el momento en el que los foceos habrían solicitado a Harpago una tregua para decidir si aceptaban la oferta que el general medo les había hecho, a saber, derribar un baluarte de la ciudad y consagrar una casa de la ciudad al Gran Rey (Hdt., I, 164, 2), aunque la misma sería aprovechada para decidir la evacuación de la ciudad.

Con excepción de los de Focea, y los de Teos, que también optaron por la emigración en masa (Hdt., I, 168), el resto de las ciudades jonias fue cayendo, una tras otra, en manos persas, en un proceso que no debió de ser fácil para el conquistador pero que culminó con la ocupación total del país, tal y como informa Heródoto:

*“Por su parte, los demás jonios, a excepción de los milesios, presentaron batalla a Harpago, al igual que los que emigraron, y, como peleaban por sus respectivas patrias, se comportaron como unos valientes; sin embargo, pese a resultar vencidos y ser tomadas sus ciudades, se quedaron en sus respectivos países y ejecutaron las órdenes del vencedor”* (Hdt., I, 169).

Este proceso no afectó a la ciudad de Mileto, que había pactado unas condiciones favorables con los persas en el momento en el que éstos se hallaban enfrentados a los lidios y posiblemente tampoco excesivamente a los jonios de las islas, precisamente por su carácter insular, a pesar de que Heródoto asegura que se rindieron a Ciro, aterrorizados por lo sucedido (Hdt., I, 169).

A falta de los detalles concretos, que no se conocen demasiado, un hecho que destaca de lo que estamos considerando es que la labor de los persas se limitó a ir conquistando, una tras otra, cada una de las ciudades jonias, en un proceso cuya duración se calcula en unos cuatro años<sup>18</sup>, pero donde no parece haber ninguna unidad de acción entre los griegos ni, mucho menos, ningún intento de establecer un frente común frente a los persas. Y ello a pesar de que solían reunirse con frecuencia en el santuario panjónico de Posidón Heliconio ya desde antes de la guerra contra los persas y

<sup>17</sup> O. Özyülit, “The City Walls of Phokaia”. *Fortifications et défense du territoire en Asie Mineure Occidentale et Méridionale*. REA, 96, 1994, p. 77-109; P. Briant, “A propos du boulet de Phocée”, en *ibid.*, p. 111-114; O. Özyülit, “Les dernières fouilles de Phocée”. *Phocée et la fondation de Marseille*. Marsella, 1995, p. 51-55.

<sup>18</sup> P. Briant, *Histoire de l'Empire Perse de Cyrus à Alexandre*. París, 1996, p. 48.

que en alguna de esas reuniones se plantearon algunas soluciones conjuntas (Hdt., I, 170) pero que, sin embargo, no parecen haber afectado a la necesidad más inmediata, cual era la defensa frente a los persas. Las ciudades jonias, por lo tanto, fueron cayendo en manos persas sin que hubiese surgido ninguna intentona común de hacer frente, también en común, a la invasión.

Aparte de las consecuencias que la conquista persa tuvo para Jonia en muchos aspectos, entre ellos el demográfico, el político, el cultural, etc., una de las exigencias que inmediatamente planteó el invasor fue el aporte de tropas para el ejército imperial, por lo que inmediatamente después de conquistada la Grecia del Este, empezamos a observar la presencia de estos soldados en el ejército del propio Harpago que los utilizará en las guerras que llevará a cabo contra carios, caunios y licios, en su intento de acabar con la conquista de la península de Anatolia (Hdt., I, 171, 1).

Algún episodio de estas últimas conquistas nos muestran también a los griegos poniendo en práctica nuevas tácticas, como la que emplearon los cnidios cuando vieron que Harpago iniciaba la conquista de Jonia, consistente en la excavación de un canal que atravesase la parte más estrecha del istmo que unía su territorio al continente, con una anchura de cinco estadios (unos 890 m.); tras las evidentes dificultades que implicaba la obra, aunque camufladas bajo el manto de lo sobrenatural, los cnidios renunciaron a esta tarea y, nada más aparecer los persas, se rindieron sin ofrecer resistencia (Hdt., I, 174, 3-6). Nuevamente vemos aplicada por los griegos la más avanzada ingeniería al servicio de la guerra, aunque tanto la premura de tiempo cuanto, posiblemente, dificultades de otro tipo, hicieron abortar el intento.

Es en estos años en los que los persas están consolidando su dominio en el continente cuando parece empezar a consolidarse, en la isla de Samos, el poder de Polícrates, posiblemente como sucesor del de su padre, Eaces<sup>19</sup>. Buena parte del éxito de Polícrates se debió a su dominio de las técnicas de la guerra y al éxito en las empresas que emprendía. Este éxito se debía a la existencia de un gran ejército, básicamente naval, compuesto por cien penteconteros y mil arqueros (Hdt., III, 39, 3-4), así como numerosos mercenarios (Hdt., III, 45, 3), con los que saqueaba y pillaba las costas e islas vecinas. Su astucia le hacía ser, al tiempo, amigo del rey egipcio y de su enemigo, el rey persa Cambises, al que le cedió un importante contingente de tropas, embarcados en cuarenta trirremes (¿o pentecónteros?), seleccionados de entre sus principales enemigos políticos (Hdt., III, 44, 2). Ello, no obstante, no impidió a los persas actuar contra Polícrates, hacia el 522 a.C., posiblemente a cuenta de las dificultades en que ponía a los súbditos de los persas por sus actividades piráticas y, en general, de saqueo. Eso es lo que sugiere un pasaje en Diodoro (X, 16, 4) en el que se alude a cómo Polícrates dio muerte a unos lidios ricos que se habían refugiado en Samos huyendo del sátrapa Oretes.

Es este Oretes el que, al decir de Heródoto, trama el final de Polícrates por oscuros motivos (Hdt., III, 120-121), aun cuando la gran proximidad de Samos al continente, unido a la independencia de Polícrates y lo poco confiable que resultaba el individuo, debieron de ser causas más que suficientes para decidir al sátrapa a acabar con el tirano. El engaño y posterior muerte de Polícrates (Hdt., III, 122-125) implica, en todo caso, la entrada de Samos en la órbita persa, ya bajo el reinado de Darío. Según asegura Heródoto, Samos fue la ciudad de la que se apoderó una vez afianzado en el trono (Hdt., III, 139, 1); la pugna entre las distintas facciones que se disputaban el poder

<sup>19</sup> Sobre los problemas cronológicos de la tiranía de Polícrates, *vid.* G. Shipley, *A History of Samos. 800-188 B.C.* Oxford, 1987, p. 74-80.



en la ciudad, narradas con especial atención por Heródoto (III, 142-146), provocó una agresión a las tropas persas que habían acudido a la rendición pactada de la plaza, las cuales

*“pusieron sitio a la acrópolis, mientras que el resto se dedicó a todo el que se ponía por delante, tanto dentro como fuera de los recintos sagrados”* (Hdt., III, 147, 2).

Tras acabar con los rebeldes, Darío entrega el poder en Samos a Silosonte, hermano del asesinado Polícrates (Hdt., 149).

Aparece en el episodio samio una serie de comportamientos que los persas observarán, en adelante, con cierta frecuencia, cual es la ausencia de respeto hacia los recintos sagrados griegos, y también la política persa de capturar o dar muerte a poblaciones enteras después de haber empleado el procedimiento que Heródoto llama “redada” (Hdt., III, 147, 1; III, 149), y que él mismo explica con más detalle a propósito de la conquista de varias islas del Egeo tras el sofocamiento de la Revuelta Jonia en el 493:

*“Las redadas suelen efectuarlas de la siguiente manera: los soldados, cogidos entre sí de la mano, forman un cordón desde la costa norte hasta la costa sur y, acto seguido, recorren toda la isla dando caza a sus moradores”* (Hdt., VI, 31, 2).

Con la entrada de Samos en la órbita persa, además de evitarse el factor de inestabilidad que la poderosa isla podía causar a los territorios ya controlados por los persas, éstos se hacían con el control de la parte más importante de la Grecia del Este. Las islas acabarían de caer más adelante pero, con esa parte de su imperio ya sólidamente bajo su control, Darío pudo emprender su gran proyecto de expedición a las zonas circumpónicas, para atacar a los escitas, empresa en la que los griegos del Este iban a jugar un papel fundamental, tanto desde el punto de vista militar como desde el de las infraestructuras necesarias para llevar a cabo la guerra.

Una de las primeras acciones en este sentido fue la construcción de un puente sobre el Bósforo, (Hdt., IV, 83, 1), uno de cuyos lados, el asiático, se situaba en Calcedonia (Hdt., IV, 85, 1) mientras que el europeo estaba a medio camino entre Bizancio y el santuario que se hallaba justo a la entrada al Ponto (Hdt., I, 87, 2). El puente que unía las dos orillas del Bósforo tendría, para Heródoto, la anchura que él le asignaba al mismo, unos cuatro estadios (=710 m.) (Hdt., IV, 85, 3), y era obra del ingeniero Mandrocles de Samos (Hdt., IV, 87, 1), que fue espléndidamente recompensado por el rey (Hdt., IV, 88-89). Por consiguiente, con esta magna obra de ingeniería, que unió las dos orillas del Bósforo, se iniciaba la participación griega en la campaña que Darío iba a emprender hacia el año 513 a.C.

La participación griega en la campaña de Darío tuvo como elemento clave la flota; a los griegos (jonios, eolios y helespontios) se les encomendó la misión, clave en todo el diseño de la campaña, de asegurar la zona de la desembocadura del Danubio y construir y defender un puente para permitir el paso del ejército persa (Hdt., IV, 89). El grueso de la flota griega iba a permanecer custodiando el puente hasta el regreso de Darío, que el propio rey había previsto en sesenta días (Hdt., IV, 97).

Los escitas, tras haber rehuido el enfrentamiento directo con los persas, intentaron convencer a los griegos que custodiaban el puente de que traicionaran a Darío o, al menos, que cumplieran escrupulosamente el acuerdo al que habían llegado con él de permanecer en la custodia durante sesenta días, pero ni uno más (Hdt., IV,



128, 2; IV, 133). El mejor conocimiento del terreno y la superioridad en la caballería por parte de los escitas acaba poniendo en graves aprietos al ejército de Darío, que opta por iniciar una retirada desesperada. El desastre hubiera sido mayor si los griegos no hubiesen decidido, en última instancia, seguir al lado de Darío, a pesar de las presiones escitas (Hdt., IV, 136, 3-4) y de las voces discordantes que surgieron dentro del abigarrado conglomerado de griegos presentes en las bocas del Danubio (Hdt., IV, 137). Heródoto nos presenta un relato según el cual Milciades el ateniense, que era a la sazón tirano en el Quersoneso helespontino, favorecía la opinión de los escitas, aconsejando la retirada, lo que provocaría la liberación de Jonia. Sin embargo, los intereses de los dirigentes jonios, todos ellos tiranos apoyados por los persas, iba a decantar la balanza a favor de mantener el apoyo a Darío. El papel decisivo parece haberlo jugado el tirano milesio Histieo, quien introduce un descarnado diagnóstico de la situación, en el que priman los intereses de los tiranos y de su círculo a los de sus ciudades respectivas y el conjunto de Jonia. Según cuenta Heródoto, Histieo convenció a sus colegas

*“alegando que en aquellos momentos cada uno de ellos era tirano de una ciudad gracias a Darío; y que, si el poderío de este último quedaba aniquilado, ni él podría imperar sobre los milesios, ni ninguna otra persona sobre sus respectivas ciudades, pues cada ciudad preferiría adoptar un régimen democrático antes que vivir bajo una tiranía. Al manifestar Histieo esta opinión, todos se adhirieron inmediatamente a ella, a pesar de que antes se habían solidarizado con la de Milcíades”* (Hdt., IV, 137, 2-3).

Acto seguido, Heródoto da la lista de los tiranos presentes en el Danubio, y que apoyaron la propuesta de Histieo: Dafnis de Abido, Hipoclo de Lámpsaco, Herofanto de Pario, Metrodoro de Proconeso, Aristágoras de Cícico y Aristón de Bizancio, todos ellos de ciudades situadas en el Helesponto, Propóntide y Bósforo. Estratis de Quíos, Eaces de Samos, Laodamante de Focea e Histieo de Mileto, de entre los jonios, y Aristágoras de Cime de entre los eolios (Hdt., IV, 138, 1-2). Sin duda había más, puesto que Heródoto alude sobre todo a los de ciudades importantes. Este panorama nos muestra cómo, en último término, la participación griega en el ejército persa contaba con el consentimiento pleno de los dirigentes de sus ciudades; bien es cierto que éstos, como se encargó de recalcar el propio Histieo, debían su poder y autoridad al rey persa, por lo que hubiera sido imprudente, de cara a sus propios intereses, ir contra aquél.

No cabe duda de que, merced a esta decisión tomada por el consejo de los generales griegos, a la sazón sus propios tiranos, el grueso del ejército de Darío pudo salvarse cuando alcanzó el Danubio en su retirada (Hdt., IV, 139-141).

En los meses y años sucesivos los persas se dedican a represaliar a las ciudades griegas del Helesponto que no habían abrazado con suficiente calor la causa persa (Hdt., IV, 144, 3; V, 2, 2), al tiempo que completan su control sobre el Egeo noroccidental, incluyendo Macedonia (Hdt., V, 17-21), y se dirigen también contra la ciudad griega de Barca, en Libia para, pretendidamente, vengar una afrenta, aun cuando tanto esa ciudad como su metrópolis Cirene, se habían sometido a los persas y pagaban tributo ya en época de Cambises (Hdt., III, 13, 3; Hdt., IV, 165, 2). Arcesilao III, rey de Cirene, se había refugiado en Barca tras haber gobernado de forma despótica en su propia ciudad, habiendo quedado su propia madre Feretima, encargada de los asuntos del gobierno en Cirene. Tras haber sido asesinado Arcesilao en Barca, su madre pidió ayuda a los persas, aduciendo entre otras cosas que el difunto rey era quien había abierto las puertas de Cirene a los persas y que era un leal súbdito del Gran Rey (Hdt., IV, 165, 2-3). Como sugiere Heródoto todo el episodio no fue más que un pretexto, puesto que lo que

posiblemente les interesaba a los persas era, efectivamente, conquistar Libia (Hdt., IV, 167, 3), si bien no puede perderse de vista que tal vez Barca había dejado de entregar el tributo que le correspondía y que los persas quisiesen dar un escarmiento para evitar, en lo sucesivo, actitudes semejantes<sup>20</sup>.

En esta nueva guerra entre griegos y persas (hacia el 510 a.C.) podemos observar perfectamente algunas de las tácticas y mecanismos empleados por la inmensa máquina militar persa para hacerse con la ciudad, aunque infructuosamente, gracias a la tenacidad de los griegos. El asedio, que se prolongó durante nueve meses, es relatado por Heródoto:

*“Los persas sitiaron Barca por espacio de nueve meses, abrieron galerías subterráneas que llevaban hasta el interior del recinto amurallado y realizaron furiosos asaltos. Pero el caso es que un herrero descubrió las galerías mediante un escudo guarnecido de bronce, recurriendo a la siguiente estratagema: con el escudo a cuestas recorría el perímetro amurallado por la parte interior y lo aplicaba al suelo de la ciudad. Pues bien, mientras que, en general, al aplicar el escudo al suelo, no se escuchaba ningún sonido, al colocarlo sobre las galerías subterráneas el bronce del escudo resonaba. Los barceos, entonces, excavaban en esos lugares contraminas y mataban a los zapadores persas. Esta maniobra persa fue, en suma descubierta del modo que he señalado; y, por otra parte, los barceos lograban rechazar los asaltos del enemigo”* (Hdt., IV, 200).

El final de la guerra con Barca se produjo tras un acuerdo formal de paz, aun cuando los persas hicieron uso de una estratagema que engañó a los griegos, los cuales, confiados en la bondad del juramento, abrieron las puertas de la ciudad. La represión que se desató fue tremenda, pues implicó el empalamiento de los principales instigadores del asesinato de Arcesilao y la mutilación de sus mujeres, así como la conversión en esclavos de todos los ciudadanos que no eran partidarios de los persas (Hdt., IV, 202). El destino de esos barceos también encaja en los comportamientos de guerra orientales, puesto que fueron deportados al otro extremo del mundo persa:

*“Por su parte, a los barceos que habían esclavizado, los deportaron desde Egipto a la corte del rey; y el rey Darío les dio una aldea de la región de Bactria para que se establecieran en ella. (Y por cierto que a esa aldea –aldea que todavía en mis días seguía estando habitada en la región de Bactria– ellos le pusieron el nombre de Barca”* (Hdt., IV, 204).

No sería la última vez que los persas emplearían estos métodos contra los griegos; no obstante, esta política que tenía también una finalidad claramente disuasoria no iba a impedir que, pocos años después, nuevamente los griegos se hallasen enfrentados a los persas, en esta ocasión en una guerra mucho más importante, y que ha pasado a la historia con el nombre de la Revuelta Jonia.

No abordaré aquí ni las causas ni las motivaciones últimas de la guerra, a veces simplificadas por los autores antiguos, especialmente Heródoto que, sin embargo, es nuestra principal fuente de información<sup>21</sup>. No cabe duda de que, durante los últimos años del siglo VI la política de Darío con respecto al Egeo es la de seguir consolidando sus posiciones e ir eliminando la resistencia en aquellas ciudades, especialmente las

---

<sup>20</sup> Vid., en este sentido, Briant, op. cit. nota 18, p. 153; cf. Hdt., IV, 203, 2.

<sup>21</sup> Un panorama general, aún útil, sobre la Revuelta Jonia, en P. Tozzi, *La rivolta Ionica*. Pisa, 1978.

insulares que aún no habían sido incluidas en su imperio. En este contexto hay que incluir la conquista de Bizancio, Calcedonia, Antandro, Lamponio, Lemnos e Imbros (Hdt., V, 26-27) (512-11 a.C.). Sin embargo, la mayoría de las Cícladas se hallaban aún fuera del dominio persa y será el intento de conquistar Naxos el que desencadenará este nuevo conflicto.

No cabe duda de que la política egea de los persas, aunque responsabilidad de los sátrapas, era ejecutada, en muchas ocasiones de muy buen grado, por los tiranos filopersas que ponían a disposición del imperio los recursos navales necesarios para llevar a cabo dicha política. Así, cuando una parte de los naxios, que habían sido desterrados por los demócratas de su ciudad acudieron a Mileto a buscar ayuda para recuperar el poder, Aristágoras, que ejercía de tirano de la ciudad, en sustitución de Histieo, que había sido llamado a Susa para actuar como consejero de Darío, consideró oportuno proponer al sátrapa Artafernes la conquista de la isla, lo que llevaría inevitablemente la anexión de todas las Cícladas al imperio persa e, incluso, la isla de Eubea (Hdt., V, 30-31). La empresa contó con la aprobación del propio Darío que ordenó armar una flota de doscientos trirremes, que irían acompañados de un cuerpo de ejército; sin duda, la mayoría de esas naves, así como parte de las tropas de tierra, procedían de Jonia (Hdt., V, 31, 4; V, 33, 1). Un incidente entre el general persa y Aristágoras provocó que éste hiciera fracasar la expedición, avisando a los naxios (Hdt., V, 33, 4-35).

Posiblemente para evitar las represalias que caerían contra él cuando los persas hubiesen investigado las causas del fracaso, Aristágoras (al que Heródoto añade a Histieo, que se encontraría intrigando desde Susa) decide iniciar la sublevación, aprovechando sobre todo que la gran flota dirigida contra Naxos aún no había sido disuelta (Hdt., V, 36, 3-4). Tras deponer a los generales griegos que comandaban la flota y, haciendo gala de un populismo desmedido, promulgar la *isonomía*, lo que implicaba la abolición de los regímenes tiránicos, Aristágoras inicia la rebelión (Hdt., V, 37) y busca ayuda para su empresa en Grecia.

En Esparta no consigue el apoyo esperado porque a los espartanos el enfrentamiento con los persas les parecía una empresa demasiado irrealizable, una vez que Aristágoras hubiese confesado que desde la costa jonia hasta la corte persa había tres meses de camino (Hdt., V, 38, 2; V, 49-51); y ello a pesar de que Aristágoras, para persuadir a los espartanos, describiese la forma de combatir persa, pretendidamente inferior a la griega:

*“Y podéis culminar la empresa con facilidad, pues los bárbaros no son gente bizarra, mientras que vosotros, en el terreno militar, habéis alcanzado las máximas cotas en razón de vuestro arrojo. Por otra parte, sus armas de combate son las siguientes: arcos, flechas y una lanza corta; y van a la batalla con anaxirides y con turbantes en la cabeza, de manera que resultan una presa fácil”* (Hdt., V, 49, 3).

En Atenas, Aristágoras tuvo algo más de éxito y, en su discurso ante los atenienses, añadió, a la descripción del modo de combate persa, que no empleaban escudos y lanzas (Hdt., V, 97, 1); Atenas acordó el envío de veinte naves (Hdt., V, 97, 3) y Eretria, por su parte, cinco trirremes (Hdt., V, 99, 1).

En la primavera del año 498 se había concentrado en el puerto de Éfeso la fuerza aliada jonia, acompañada de las tropas atenienses y eretrias y se decidió atacar Sardes, la capital de la satrapía, y que se hallaba a tres días de marcha de Éfeso (Hdt., V, 54, 2). La conquista de Sardes resultó sencilla, aun cuando la acrópolis, fuertemente guarnecida por los persas, resistió (Hdt., V, 100), lo cual, sin duda, convirtió en un fracaso la

expedición. Este fracaso se agravó por el incendio de la ciudad, quizá fortuito, el cual provocó la reacción de los residentes allí, y quizá por la llegada de refuerzos (Hdt., V, 101). Heródoto menciona que el incendio de un templo de Cibeles fue el pretexto para que, años después, los persas incendiaran los templos de Grecia (Hdt., V, 102).

La retirada de los griegos debió de ser precipitada y confusa y cuando los persas los alcanzaron en Éfeso, los jonios sufrieron una fuerte derrota (Hdt., V, 102); los atenienses, por su parte, abandonaron la alianza con los jonios (Hdt., V, 103, 1). No obstante, y a pesar de la opinión de Heródoto, que viene a considerar un fracaso la expedición contra Sardes, lo cierto es que buena parte del mundo de la Grecia del Este, que había permanecido indeciso, empezó a apostar a favor de los rebeldes, que habían conseguido llegar hasta el corazón de la satrapía, la vieja capital lidia, y conquistarla, por más que tuvieran que abandonarla precipitadamente. Para los griegos del Este, esta corta expedición tuvo que ser, ciertamente, de gran simbolismo, pues era la primera vez que los griegos habían atacado por propia iniciativa a los persas, abandonando el papel de defensores que, hasta entonces, habían desempeñado. Igualmente, Sardes, que había sido la capital del poderoso reino lidio, y que había marcado también las pautas de la política exterior de las ciudades de la Grecia del Este desde hacía casi dos siglos, había sido conquistada.

Heródoto, en general hostil a esta revuelta, y claramente lastrado por la visión ateniense de los acontecimientos, se sorprende de que, a pesar de que Atenas había abandonado la alianza, los jonios consiguieran atraerse a nuevos aliados; así, las ciudades del Helesponto, empezando por Bizancio, se unieron a la causa griega y los jonios consiguieron también atraerse a los carios y, sobre todo, a los chipriotas (Hdt., V, 103-104).

Con la alianza entre las ciudades griegas de Chipre y la Liga Jonia, que parece haberse ido haciendo responsable de la política de guerra conjunta de los jonios, se amplía el radio de acción de la revuelta. La defección de Chipre representaba para los persas un nuevo riesgo, puesto que la isla era la clave de las comunicaciones por mar con la costa sirio-palestina, donde los fenicios, fieles súbditos del rey persa, pronto pusieron sus naves a su servicio. Los persas contraatacaron inmediatamente tanto por tierra como por mar; la importancia de Chipre fue claramente percibida por los jonios que habían enviado allí una numerosa flota (Hdt., V, 108, 2); a pesar de que en la batalla naval los jonios se impusieron a los fenicios (Hdt., V, 112), en la batalla de tierra se produjeron importantes deserciones en el ejército griego, que provocaron su derrota (Hdt., V, 113). Los persas reconquistaron las ciudades griegas y únicamente Solos ofreció una resistencia mayor, aunque los persas acabaron conquistándola después de haber minado sus murallas (Hdt., V, 115). La flota jonia, una vez que Chipre hubo caído en manos persas, regresó a sus bases; quedaba claro que el intento de ampliar el frente de guerra había fracasado y que habría que combatir en la propia Grecia.

Como en otros casos, la arqueología también ha ayudado a ilustrar cómo actuaba la máquina de guerra persa; a pesar de que, según Heródoto, fue Solos la ciudad que más resistió, las excavaciones han mostrado las técnicas de ataque y asalto empleadas por los persas en Palepafos. Aquí los persas emplearon el conocido sistema de la rampa de asedio, acumulando tierra y objetos procedentes de las viviendas y santuarios extramuros para ir avanzándolo hacia la muralla de la ciudad y, desde allí, intentar barrer con una saturación de flechas a los defensores de la ciudad. Éstos, mientras, arrojaban jabalinas a los atacantes y, en algunos momentos, bolas de piedra (aunque quizá éstas fueran persas), al tiempo que también realizaban túneles para tratar de minar la rampa persa así como las torres colocadas sobre ella y desde las que actuaban los



arqueros persas<sup>22</sup> (Figura 3). No obstante, y a pesar de la feroz defensa de la ciudad, también acabó cayendo en manos persas.

En el contraataque persa, que parece haberse iniciado en el año 497 a.C. podemos percibir cómo la poderosa máquina militar persa se dispuso a enfrentarse a la revuelta. Tres generales, todos ellos yernos de Darío y, por lo tanto, de su plena confianza, reciben el mando de distintos ejércitos que se reparten los diferentes teatros de operaciones. Claramente, se trataba de una estrategia que confiaba en lo que podríamos llamar casi “efecto inundación” para quebrar la resistencia enemiga. Así, Daurises, Himayes y Ótanes inician el contraataque contra las regiones asignadas a cada uno; sus movimientos debieron de ser rápidos, a juzgar por la impresión que causaron en los griegos. Heródoto asegura que Daurises atacó a las ciudades helespontinas, tomando Dárdano, Abido, Percota, Lámpsaco y Peso al ritmo de una ciudad al día (Hdt., V, 117). Este general marcharía acto seguido a Caria para proseguir desde allí la recuperación del dominio persa.

Himayes inició el contraataque contra la Propóntide, y prosiguió su avance contra el Helesponto una vez que Daurises marchó hacia Caria (Hdt., V, 122). Por su parte, Ótanes y el sátrapa Artafernes marcharon contra el núcleo de la rebelión, Jonia y Eolia, donde tomaron Clazómenas y Cime. Ante la inminencia del avance persa, Aristágoras decide abandonar Mileto y trasladarse a Mircino, en la costa tracia, donde murió en un enfrentamiento con los indígenas (Hdt., V, 126); aunque Heródoto interpreta esta actitud como debida a la cobardía del antiguo tirano (Hdt., V, 124, 1) es posible que Aristágoras intentara, desde Tracia, ganar tiempo y, quizá, obtener nuevos recursos económicos, entre ellos, oro.

Durante los siguientes años, 496 y 495 a.C., no hay demasiadas noticias relativas a preparativos bélicos; Heródoto se centra, en su relato, en hechos relativamente anecdóticos, como la reaparición en Sardes y luego en Jonia de Histieo, que para este autor había sido uno de los principales instigadores de la revuelta (Hdt. VI, 1). Es curioso cómo este individuo, que aparece habitualmente caracterizado como intrigante, una vez que es preguntado en Quíos por el motivo de haber instigado a la revuelta, contesta que le constaba que Darío

*“había decidido deportar a los fenicios, e instalarlos en Jonia, y hacer lo propio con los jonios en Fenicia, lo cual le había inducido a transmitir aquella orden”* (Hdt., VI, 3).

Aunque Heródoto asegura que Histieo dijo esto para asustar a los jonios y que Darío nunca había pensado en esta posibilidad, lo cierto es que la deportación masiva de pueblos era algo que formaba parte de la práctica de los persas y, en general, de los grandes imperios del próximo oriente, y que los griegos ya habían tenido ocasión de experimentar en sus propias carnes tal política; por ello, aunque quizá Histieo estuviese, en realidad, mintiendo, sus palabras no podían dejar de tener eco entre los griegos. Los avatares de Histieo, que narra Heródoto con gran detalle, le llevan, una vez rechazado en su propia ciudad e, incluso, en Quíos, a dedicarse a la piratería con el apoyo de los mitilenios, capturando desde Bizancio, donde había asentado su base, todos los barcos que procedentes del Ponto no se declaraban partidarios suyos (Hdt., VI, 5, 3). La actitud de Histieo posiblemente tenía como objetivo principal perjudicar las actividades comerciales de aquellas ciudades que se mostraban más tibias en cuanto a su actitud

<sup>22</sup> O. Murray, “The Ionian Revolt”. *The Cambridge Ancient History. 2ª ed. IV.- Persia, Greece and the Western Mediterranean c. 525 to 479 B.C.* Cambridge, 1988, p. 484-485.



antipersa pero posiblemente no supusiesen un grave quebranto a los persas.

Ese cierto *impasse* al que hemos aludido en cuanto a las operaciones bélicas, aunque no implicase una interrupción absoluta de las mismas, da la impresión de que es utilizado por los persas para organizar una masiva operación combinada, terrestre y naval, dirigida contra lo que se consideraba el principal núcleo de la rebelión, la ciudad de Mileto. Las campañas persas de los años anteriores habían prácticamente recuperado la mayor parte del territorio sublevado, pero las ciudades que quedaban por someter o bien tenían importantes flotas o bien estaban bien respaldadas por las que la tenían; la respuesta persa se basaba, nuevamente, en su abrumadora mayoría, tanto en tierra como en el mar, para acabar con la sublevación.

Los tres ejércitos persas que, en los años previos, habían ido sofocando la revuelta en Anatolia hicieron confluír sus fuerzas y se dispusieron a atacar a Mileto (Hdt., VI, 6); por su parte, una gran flota compuesta por seiscientas naves, en su mayor parte fenicias, pero también cilicias, egipcias y chipriotas obligados a participar (Hdt., VI, 9, 1; VI, 6) se dirigió a su vez hacia Mileto. La Liga jonia, ya considerablemente debilitada optó por la única solución razonable, que era concentrarse en Lade, una isla situada frente al puerto de Mileto para intentar desde allí proteger a la ciudad; confiaban en que, por tierra, la ciudad pudiese resistir mientras tanto (Hdt. VI, 7). Heródoto nos da la lista de ciudades que enviaron allí sus barcos y el número de naves que cada una de ellas aportaba, así como el orden de combate que adoptaron:

*“El ala oriental la ocupaban los propios milesios, que aportaban ochenta naves; a su lado figuraban los de Priene, con doce naves, y los de Miunte con tres naves; al lado de estos últimos figuraban los de Teos con diecisiete naves; al lado de los de Teos figuraban los quiotas con cien naves; junto a estos últimos se alineaban eritreos y foceos, aquéllos con una aportación de ocho naves, y éstos con tres; al lado de los foceos figuraban los lesbios con setenta naves; finalmente, el ala occidental la ocupaban los samios, que se alineaban con sesenta naves. La suma total de esos efectivos ascendía a trescientos cincuenta y tres trirremes”* (Hdt., VI, 8).

Podemos expresar gráficamente la fuerza jonia, así como la disposición de su línea de batalla en el siguiente esquema:

Mileto	Priene	Miunte	Teos	Quíos	Eritras	Foceas	Lesbos	Samos
80	12	3	17	100	8	3	70	80
112				111			150	

Era, ciertamente, una flota considerable que, según informa el propio Heródoto, asustó a los generales persas, que pensaron que sería difícil vencerlos, por lo que recurrieron a otra táctica que se revelará eficaz en el futuro, el soborno o, al menos, el intento y la amenaza con castigos terribles. Empleando a los antiguos tiranos derrocados de las ciudades jonias, hicieron que cada uno convenciera a sus conciudadanos para que abandonaran la alianza jonia; la amenaza, en caso de que no lo hicieran, era terrible:

*“como consecuencia de su derrota en la batalla, serán esclavizados, que castraremos a sus hijos, que deportaremos a sus doncellas a Bactra, y que entregaremos el territorio a otras gentes”* (Hdt., VI, 9, 2).

Sorprende, ante esta serie de amenazas, que Heródoto haya afirmado, poco antes, cuando Histieo narró a los de Quíos los castigos que planeaba el rey Darío, que el antiguo tirano milesio exageraba o mentía (Hdt., VI, 3).

La gran flota jonia, concentrada en Lade, debía decidir, ante todo, quién iba a dirigirla y, acto seguido, qué estrategia adoptar puesto que, aunque considerable, las fuerzas enemigas eran, al menos teóricamente superiores. El mando recayó, tras un persuasivo discurso, en el almirante focéo, Dionisio, que, a pesar de que contaba sólo con tres naves, debía de tener reputación de buen marino (Hdt., VI, 11).

En este momento se plantea también otro problema que no ha sido satisfactoriamente resuelto, cual es el de la táctica a emplear. Es posible que lo habitual hasta ese momento fuese un combate en el que el peso principal del mismo lo tuviese el abordaje entre los barcos contrarios; en ese caso, los persas llevaban superioridad, puesto que superaban a los griegos en razón casi de dos a uno. La táctica que proponía Dionisio, y que era aún novedosa, era mucho más compleja, por lo que requería un entrenamiento más intenso, una mayor sincronización y una gran disciplina. Esta táctica se llamaba *diekplous* y consistía, básicamente, en bogar entre los barcos enemigos, evitando el abordaje, pero inutilizando una de las hileras de remos para, virando de bordo, embestir con el espolón que, penetrando por debajo de la línea de flotación, hundiría, sin lugar a dudas, al barco enemigo. Bien aplicada, esta táctica podría compensar la inferioridad numérica jonia, puesto que cada barco podía encargarse, así, de varios enemigos sucesivamente.

Durante una semana Dionisio mantuvo a la flota ocupada permanentemente, saliendo todos los días al mar y practicando la maniobra (Hdt., VI, 12); sin embargo, según narra Heródoto, los jonios, que quizá no estaban acostumbrados a esta nueva táctica, flaquearon en sus entrenamientos, llegando, incluso, a negarse a obedecer las órdenes que les daba el almirante. Mientras, las insidias persas habían acabado por hacer mella en los generales samios (Hdt., VI, 12-13) que pactaron con los persas y con su antiguo tirano Éaces la traición al resto de los jonios.

Los detalles de la batalla que se libró en Lade no son conocidos con exactitud, puesto que Heródoto da un relato bastante confuso, posiblemente de forma intencionada. Es, con todo, bastante probable que la táctica ensayada con Dionisio no fuese puesta en práctica, puesto que sabemos que las naves quiotas llevaban embarcados a cuarenta infantes de marina (*epibatas*) (Hdt., VI, 15, 2), cifra inusualmente alta para aplicar la técnica del *diekplous*, que no requería una fuerza de infantería tan considerable.

Parece claro que los samios, que ocupaban el ala derecha de la flota iniciaron la huida apenas trabado el combate, salvo once naves que permanecieron en la batalla; los lesbios, que se hallaban a su lado hicieron lo propio y posiblemente muchos otros tomaron también una decisión parecida (Hdt., VI, 14); algunos resistieron algún tiempo, entre ellos los focéos, puesto que sabemos que las tres naves de esa ciudad consiguieron huir no sin antes haber capturado tres barcos enemigos (Hdt., VI, 17). Otros, como los quiotas, que probablemente ocupaban el centro de la línea fueron los que, quizá junto con los milesios, que no son apenas mencionados por Heródoto, sostuvieron el peso del combate hasta que, frente a la superioridad enemiga, tuvieron que retirarse con sus maltrechas naves (Hdt., VI, 15). Las tripulaciones de las naves más afectadas desembarcaron en el territorio de Éfeso para ganar su patria por vía terrestre, pero fueron sorprendidas en una emboscada por los efesios, que masacraron a todos (Hdt., VI, 16). No hay que olvidar que Éfeso había vuelto a la obediencia persa.

Perdida la batalla naval, los persas prosiguieron el sitio de Mileto con todo tipo de máquinas de guerra y minando las murallas; la ciudad cayó en el otoño del 494 y la represión fue terrible. Heródoto asegura que

*“la inmensa mayoría de los hombres fueron asesinados por los persas ...; las mujeres y los niños pasaron a engrosar el número de sus esclavos; y el santuario de Dídima, tanto el templo como la sede del oráculo, fue saqueado e incendiado”* (Hdt., VI, 19, 3).

Los escasos supervivientes, por su parte,

*“fueron conducidos a Susa. El rey Darío, entonces, no les causó el menor daño, limitándose a instalarlos a orillas del mar que recibe el nombre de Eritreo, en la ciudad de Ampe, en cuyas inmediaciones desemboca en el mar el curso del río Tigris”* (Hdt., VI, 20).

En los meses siguientes los persas acabaron con los últimos focos de resistencia, entre ellos con Histieo que, desde las entradas al Ponto seguía atacando a sus enemigos (Hdt., VI, 26-30). Durante el verano del 493, y aprovechando que ya los jonios no tenían el control del mar, los persas ocuparon las islas Quíos, Lesbos y Ténedos, y aplicaron en ellas el procedimiento de la redada al que ya hemos aludido, así como las ciudades continentales aún no incorporadas (Hdt., VI, 31). Igual que había ocurrido en el caso de Mileto, los persas quisieron dar un escarmiento ejemplar y aplicaron, como dice Heródoto, los castigos con los que habían amenazado a los jonios antes de la batalla de Lade:

*“Nada más conquistar las ciudades, escogían a los muchachos más apuestos y los castraban, convirtiéndolos en eunucos, con la pérdida de su virilidad; por su parte, a las doncellas más agraciadas las deportaban a la corte del rey. Tales fueron, en suma, las medidas que adoptaron; y, además, se dedicaron a incendiar las ciudades con templos y todo”* (Hdt., VI, 32).

Tras ello, la flota persa, es decir, fenicia, se dirigió al Helesponto y, penetrando hasta el Bósforo, acabó de someter a las ciudades que aún resistían (Hdt., VI, 33).

Pacificada Jonia, los persas modificaron el tipo de dominio que habían ejercido sobre el territorio, y establecieron un nuevo sistema impositivo (Hdt., VI, 42-43).

Al año siguiente (492 a.C.), Darío decidió ampliar sus dominios más allá del territorio que hasta entonces había controlado. Así, se prosiguió el avance por la costa de Tracia y, sometiendo a ciudades como Tasos, reforzaron el control existente sobre Macedonia (Hdt., VI, 44-45), aunque la flota fue destruida casi en su totalidad por un temporal que les alcanzó a la altura del monte Atos (Hdt., VI, 44, 2-3). En el año 491, Darío inició la ofensiva directa contra Grecia, enviando a sus representantes por toda ella, exigiendo la sumisión a su persona y preparando la construcción de más barcos (Hdt., VI, 48-49).

Al año siguiente, y tras reunir una gran flota compuesta de 600 trirremes y un número muy elevado de naves de carga, el ejército, al mando de Datis y Artafernes cruzó el Egeo para ir sometiendo las islas, especialmente Naxos, que aún no había sido capturada (Hdt., VI, 95, 2). La isla fue tomada, y tanto la ciudad como los templos fueron incendiados (Hdt., VI, 96); tras desembarcar en Delos, que fue respetada, y hacer ofrendas en el santuario de Apolo (Hdt., VI, 97, 2), los persas fueron ocupando las

Cícladas reclutando allí tropas y tomando rehenes; en todas estas operaciones contaban con la colaboración de tropas de Jonia y Eolia (Hdt., VI, 99). Al llegar a Eubea, los persas se encaminaron hacia Eretria, que era uno de los objetivos declarados de la campaña, y la pusieron sitio. Tras siete días de combate, una parte de los ciudadanos entregó la plaza a los persas, que saquearon e incendiaron inmediatamente los santuarios, esclavizando a la población (Hdt., VI, 101); los prisioneros fueron conducidos a Asia, y fueron asentados en Cisia, al fondo del Golfo Pérsico (Hdt., VI, 119).

Tras acabar con Eretria, y concederse unos días de descanso, los persas desembarcaron en Ática, pensando que allí iban a repetir el éxito de Eretria (Hdt., VI, 102). En Maratón, sin embargo, el resultado fue muy distinto; pero eso es ya otra historia.

#### 4. CONSIDERACIONES GENERALES

El panorama que hemos considerado hasta aquí nos muestra cómo el principal ámbito de enfrentamiento entre el mundo griego y el oriental se centra en la Península de Anatolia, más allá de la participación, intensa pero no excesivamente bien conocida, de griegos en los ejércitos de otras potencias asiáticas y de Egipto. El resultado de ambos fenómenos provoca la apertura del mundo griego a unas nuevas formas de guerra, algunas de ellas con una gran tradición en el Oriente Próximo, y ante las cuales los griegos no dispondrán de demasiados recursos; si bien ya ante los lidios los griegos habían tenido ocasión de experimentar alguna de esas tácticas fue, indudablemente, la aparición de los persas la que provocó un cambio radical en la forma de hacer la guerra. En efecto, el empleo de costosas obras de asedio, la utilización de ejércitos innumerables, el tratamiento de los derrotados, incluso la impiedad demostrada por los persas ante los templos y santuarios griegos parecen haber tenido, ante todo, una finalidad disuasoria, al provocar el terror y el espanto al enemigo como instrumento, posiblemente, y aunque parezca paradójico, de minimizar los costes (materiales y humanos) de la guerra.

Aunque posiblemente para la maquinaria militar persa, hasta las derrotas de Salamina y Platea, los griegos no eran considerados enemigos de peso, aplicaron con ellos, desde el inicio de sus contactos, todo el peso de una larga tradición guerrera que, salvo excepciones, preservó la integridad de las ciudades conquistadas, con la clara finalidad de emplear los recursos de las mismas para sus propios fines. Además de la reconocida calidad de la tropa de infantería pesada griega<sup>23</sup>, los persas encontraron en las ciudades costeras de la Península de Anatolia un instrumento fundamental de cara a sus deseos de hacerse con el control del Mediterráneo oriental, como era la flota. La política persa, en el momento de la conquista, tratará de salvaguardar en lo posible esos recursos, aun cuando para ello fuese necesario hacer exhibiciones de fuerza, saldadas con masacres generalizadas y deportaciones en masa.

Para los griegos, sin embargo, las prácticas militares persas, tan radicalmente diferentes de las que ellos podían o querían poner en práctica, significaron una conmoción brutal. Es cierto que desde hacía siglos los griegos alistados como mercenarios en los ejércitos orientales y egipcios habían podido comprobar cómo funcionaba la máquina militar de estados como el egipcio o como el asirio o el

<sup>23</sup> M.F. Trundle Identity and Community Among Greek Mercenaries in The Classical World: 700-322 BCE. *AHB*, 13, 1999, p. 33, ha resaltado cómo eran, sobre todo, hoplitas lo que necesitaban para sus ejércitos los estados del Próximo Oriente.



babilonio y es también cierto que los lidios, ocasionalmente, habían llevado a cabo acciones militares de gran brutalidad y que dejaron hondo recuerdo en la memoria colectiva griega, pero los persas añadieron a esa experiencia un carácter sistemático y masivo, tendente a anular la capacidad de reacción del enemigo. Para los griegos del Este, la experiencia fue traumática, pues el enfrentamiento y derrota militar supuso ante todo la pérdida de su libertad política primero y la anulación más completa después, por no mencionar la desertización cultural de Jonia y la limitación de sus oportunidades futuras debido a un pavoroso declive demográfico. Todo esto creó una situación de desasosiego y angustia en aquella parte de Grecia aún no sometida al dominio persa que marcó los primeros años del siglo V; la difusión de los horrores que habían padecido los jonios a manos de los persas causó una impresión imborrable en Grecia y es conocida la noticia de Heródoto según la cual la tragedia que compuso Frínico relativa al tema, titulada “La toma de Mileto” provocó tal conmoción en Atenas que, además de imponérsele al autor una multa de mil dracmas, se le prohibió volver a representar dicha obra (Hdt., VI, 21, 2).

La estrategia del terror paralizante, tan bien manejada por los persas, con la connivencia necesaria de muchos griegos, fue el principal instrumento que aquéllos utilizaron en su marcha hacia la conquista del Egeo; mensajes desalentadores hacia cualquier resistencia ante los persas venían avalados por la larga historia de conflictos entre griegos y orientales, donde aquéllos sabían bien qué enemigo iban a tener enfrente y qué cabría esperar de él en caso de derrota; ese uso de la guerra y sus secuelas como elemento de propaganda y de política era algo, si no novedoso para los griegos, sí ajeno a su propia percepción de la guerra<sup>24</sup>. Y, como sabemos, cuando los persas penetran en la Grecia europea no existía un consenso absoluto acerca de la necesidad de resistirse a esa poderosa maquinaria bélica precedida por una propaganda que resaltaba su invencibilidad y, por lo tanto, animaba a la rendición como único medio de preservar, si no la libertad, sí al menos la vida.

Las victorias griegas en Salamina y en Platea, seguidas por la de Micalé y la liberación de Jonia introdujeron un nuevo optimismo en la cultura griega y un nuevo sentido de superioridad, también en el terreno militar, que hasta entonces no había existido. En esta historia de los conflictos bélicos entre el mundo oriental y Grecia, que hemos analizado en las páginas previas, las Guerras Médicas significaron el primer cambio significativo de tendencia, pues por vez primera los griegos habían sido capaces de quebrar lo que hasta entonces era una tendencia histórica aparentemente inamovible, caracterizada por llevar la peor parte en las luchas contra los estados orientales. Los ejemplos que hemos aportado no hacen sino confirmar cómo esta tendencia respondía a una realidad, pues en la historia bélica previa a las Guerras Médicas los resultados habían mostrado la inferioridad militar griega (quizá con la excepción de la guerra naval) ante las tácticas empleadas por sus rivales, cuya potencia económica tampoco era rival para las pequeñas economías urbanas propias de las ciudades de Grecia, por muy importantes que fueran éstas.

<sup>24</sup> Sobre la percepción de la guerra entre griegos, puede verse V.D. Hanson, *Le modèle occidental de la guerre. La bataille d'infanterie dans la Grèce classique*. París, 1990; V.D. Hanson, (ed.) *Hoplites. The Classical Greek Battle Experience*. Londres, 1991.



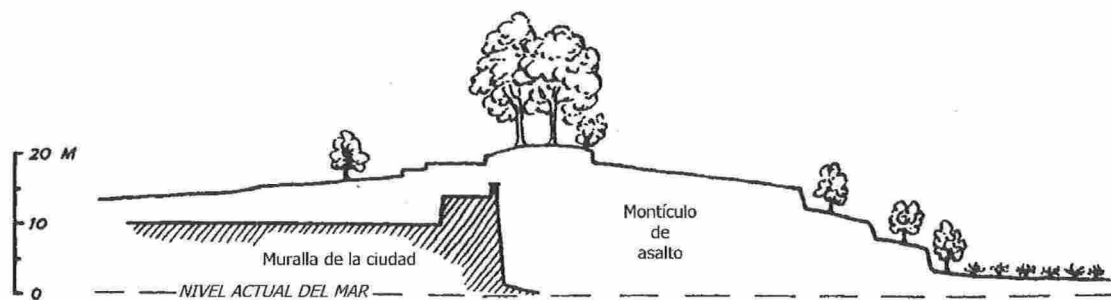


Fig. 1. Las obras de asedio en la Vieja Esmirna

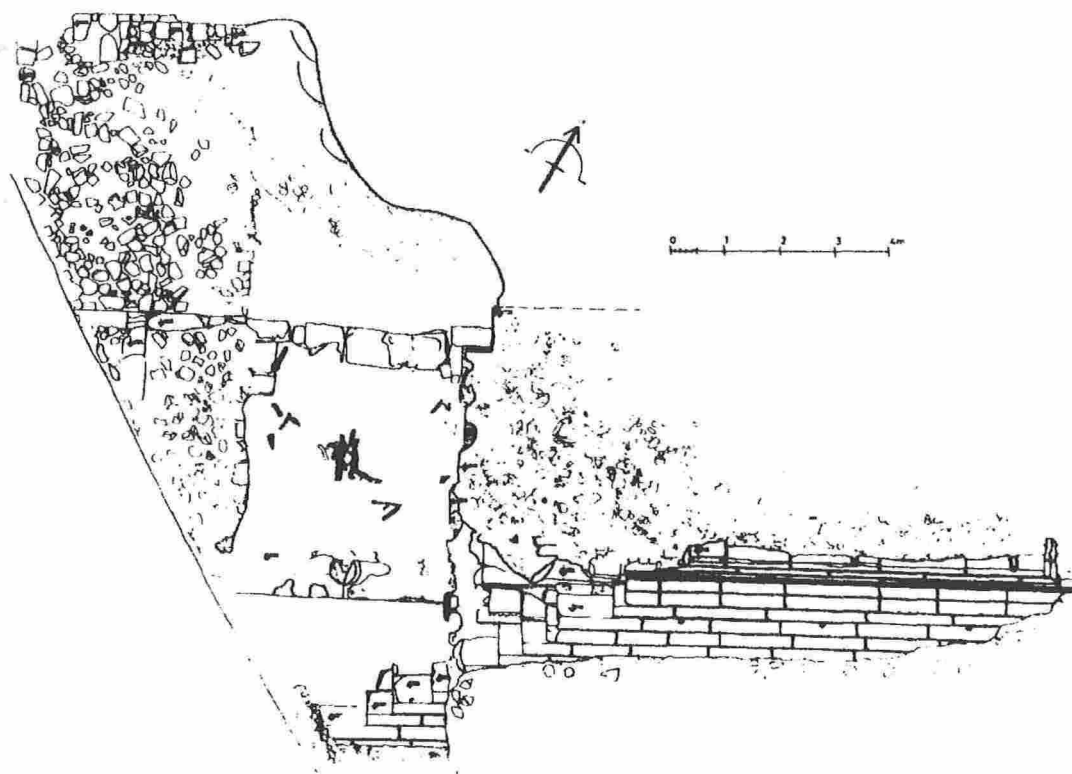


Fig. 2. La muralla y la puerta de la ciudad de Focaea

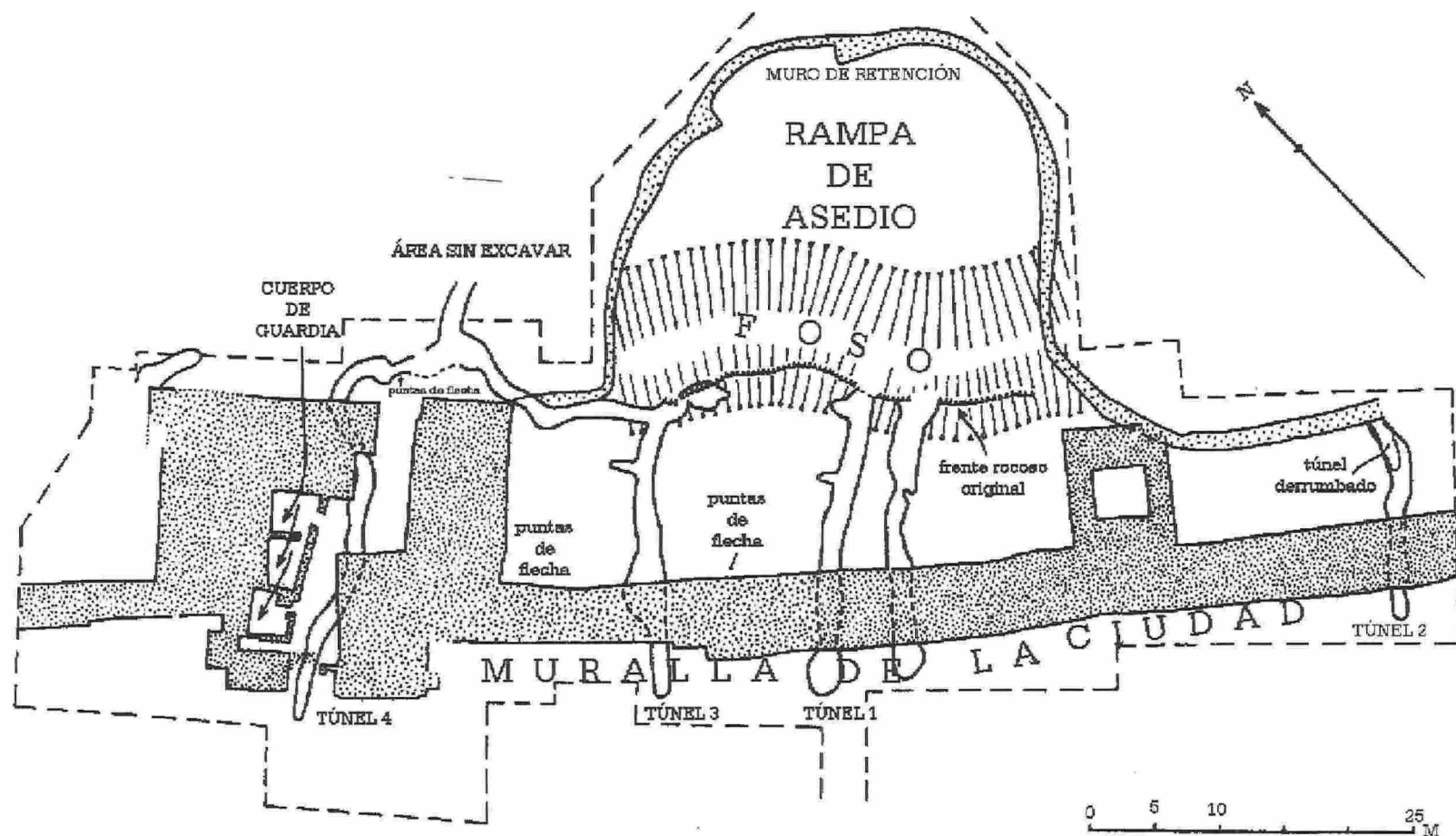


Fig. 3. Las obras de asedio en Palepafos.